

La Juventud Literaria

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

AÑO XII.

DIRECTOR PROPIETARIO:
RAMON BLANCO ROJO

PRECIOS DE SUSCRIPCION:
En Murcia 50 céntimos al mes. Fuera 2 pesetas trimestre.
Número suelto 10 cts. Redacción: Victorio, 53

COLABORADORES:
TODOS LOS SUSCRIPTORES

NÚM. 549.

MURCIA 4 DE NOVIEMBRE DE 1900

La Juventud Literaria

NO HAY NIÑOS

Los niños son una especie de espejos que reflejan todo lo que ven.

Y como los ojos de los niños son unos instrumentos nuevos, que no están gastados por el uso, todo lo ven.

Todo se esconde á la mirada curiosa de estos seres, de estos puñados de tierra tan llenos de vida y tan dispuestos á fecundar el germen que en ellos se deposita.

Ni los libros que corrompen el corazón y las ideas.

Ni las estampas que semejantes á un corrosivo borran el pudor que Dios ha puesto en el alma como el principio de todas las virtudes.

Ni el ejemplo, esa pendiente que cada vez más rápida nos lleva de la mano al fondo del abismo.

La llamada civilización moderna, que es la muerte de la poesía, de las artes, de los sentimientos, es también la viruela de la inocencia.

Hay una estadística que no se ha hecho.

Sería una vergüenza; un dolor y un asombro presentar en la desnudez de unos cuantos guarismos el número de niños que todos los años, que todos los días entran en las cárceles, en los lupanares y en los garitos.

Escuelas públicas donde se enseña la práctica del vicio, cuya teoría se enseña en otras cátedras públicas también.

Decirle á una madre, en cuyo seno duerme dulcemente el hijo de sus entrañas, que se han presentado algunos casos de viruelas, de crup

ó de cualquier otra de esas otras enfermedades que son el verdugo de los niños.

Al momento la vereis rodear al hijo de su alma de todas las precauciones, de todos los cuidados que puedan impedir el contagio.

No lo apartará ni un momento de sus brazos, como si quisiera formar con ellos, alrededor del niño, un cordón sanitario.

Decidle á su padre que en la misma calle donde él vive se han presentado dos casos de dos terribles enfermedades.

Una casa de juego y una casa de prostitución.

De diez padres á quienes se participe esta noticia, siete se encogen de hombros, dos disertan algunos minutos sobre la corrupción de las costumbres, y uno se acuerda que tiene un hijo de diez años.

Da verdadera tristeza ver estos hombres de diez años que fuman, que juegan, que blasfeman.

Estos niños que apenas han cumplido nueve años, y ya han adquirido todos los secretos de la coquetería y de la vanidad.

La naturaleza se venga de esta violación de sus leyes.

Por eso vemos usureros de veinte y cinco años.

Decrépitos que no han cumplido todavía treinta.

Libertinos que no han pasado de quince.

Almas heladas en medio de la primavera de la vida.

La juventud que viene detrás de nosotros presenta una terrible precocidad.

Adquiere todos los vicios de la vejez y no conserva ninguna de las virtudes de la juventud.

J. M.

A CARLOTA

Aunque esté disgustado
esto no quita
para que en estos versos
te dé los días.
Yo soy atento,
sobre todo, si trato
con sexo bello.

Yo quisiera no hicieses
caso á la gente,
pues los chismes y cuentos
detesté siempre.
Un hombre serio
no está bien, mi Carlota,
sirva de juego.

Mi carter conoces
y por lo tanto
estoy por estas cosas
dado á los diablos.
¡Si sigue esto...
voy hacer lo que ahora
yo me reservo!

Para concluir me resta
solo decirte:
no hagas caso, Carlota,
de tanto chisme.
Y que tu día
lo pases felizmente
con tu familia.

L.

DEL LIBRO "ERA VEZ Y VEZ..."
(EN PRENSA)

Los encargos

En no recuerdo que casa
de vecinos, que en el barrio
de la Viña fama tuvo
de albergar muchos gitanos,
murió tísica una joven
de poco más de once años.

Llegaban al velatorio
los vecinos, enlutados,
y después de consolar
á la madre que, llorando
á lágrima viva, estaba
próxima al fúnebre tálamo,
acercándose al cadáver
exclamaban:—¡Pobre Amparo!
¡De esta vida de miserias
qué poquito has disfrutado!—

y uno decafe lloroso:
—¡Tú que vas al otro barrio
y vas á vé á mi Gertrudis
que está allí desde hace un año,
dile que enjamás la orvio
y que me estoy diseando
por cuidá del churumbé
que está muy grande y muy guapo!...

Después una joven viuda,
así clamaba, entre llantos,
arrimándose á la muerta:
—¡Díle á mi Juan que aquí abajo
estoy rompiéndome el alma
en la Frábica er Tabaco
y llévale mi cariño
junto con un par de abrazos!...

Y finalmente, una vieja
acercóse, sollozando,
para decirle al cadáver:
—¿Me escuchas? Pues, oye Amparo;
hazme un favor; cuando llegues
ar Cielo, busca á mi Paco
y dile que su abuelita
lo llorará muchos años
y que reza por su alma
y por su eterno descanso!
¿Se te olvidará?... Y la madre
que estaba atenta escuchando
alzándose de su silla
gritó:—¡Basta ya de encargos,
señores! ¿Se creen ustedes
que mi niña es un cosario?

M. FERNANDEZ MAYO.



FUEGO DEL AMOR DE DIOS

—(«O»)—

Vivo sin vivir en mí,
Y tan alta vida espero,
Que muero porque no muero.

GLOSA

Aquesta divina unión.
Del amor con que yo vivo,
Hace á Dios ser mi cautivo,
Y libre mi corazón:
Mas causa en mí tal pasión
Ver á Dios mi prisionero,
Que muero porque no muero.

¡Ay! ¡Qué larga es esta vida,
Qué duros estos destierros,
Esta cárcel y estos hierros,
En que el alma está metida!
Sólo esperar la salida
Me causa un dolor tan fiero,
Que muero porque no muero.

¡Ay! ¡Qué vida tan amarga
Do no se goza el Señor!

